

ria tan fastidiosa en Van-Dale. Sostuvo con vivacidad en las *Conferencias sobre la pluralidad de los mundos*, una opinion emitida ya por Campanella y por el cardenal de Cusa (22). Adopta por base los torbellinos de Descartes, aunque las grandes verdades astronómicas habian sido proclamadas ya, y paga tributo de cuando en cuando al naciente escepticismo. En vano se buscaria en esta produccion la profundidad de los diálogos de Galileo; pero seduce por lo extraño y maravilloso, y hace accesibles las cosas más abstractas. Ahora bien, á la perezosa vanidad le agradó encontrar

(22) *Suspiciamus, in regione solis magis esse solares claros et illuminatos, intellectuales habitatores, spiritualiores etiam quam in luna, ubi lunatici, et in terra magis materiales et crassi, ut illi intellectualis nature solares sint multum in actu et parum in potentia, terreni vero magis in potentia et parum in actu, lunares in medio fluctantes, etc.* CUSANUS, apud WILKINS, p. 103.

medios fáciles de ostentar saber. La mezcla de ciencia y de galanteria que se encuentra en él era del gusto del siglo, y los cumplimientos que el autor dirige á la dama de quien se figura profesor, parecerian insulseces, si no manifestase que las merece por las bien entendidas objeciones que le dirige.

La reputacion de Fontenelle fué siempre aumentando, á medida que los hombres superiores se disminuian y que el talento reemplazaba al genio. Frio con deliberado propósito, juzga de una manera desgraciada las obras de sentimiento y de imaginacion. Aunque desprovisto de genio, formó una escuela que tuvo mucha influencia sobre la generacion siguiente, aplicando el arte del estilo á la ciencia, y la duda filosófica á las bellas letras; pero agrada recordar que decia en sus últimos momentos: «He nacido francés, he vivido cien años, y muero con el consuelo de no haber ridiculizado en lo más mínimo la más pequeña virtud.»

CAPÍTULO XIV

LENGUAS MUERTAS. — CRÍTICA.

De esta manera algunos escritores se abandonan á lo natural procurando pintar á la sociedad en un estilo sin aderezo; otros pulimentan el suyo con un cuidado no disimulado, pero todos profesan la misma veneracion hácia los antiguos. Acordes todos en los principios del arte, no disputan sobre los modelos, sino que los estudian; la razon dicta leyes á la imaginacion y se hace consistir en expresar en el más perfecto lenguaje las ideas más generales. Aunque el predominio de las lenguas vivas distrajesse del estudio de las lenguas muertas que entraban de nuevo en el campo de la crítica, no faltaron personas estudiosas que las cultivasen con ardor.

Latinismo.—El estudio del latin con la idea de imitar á los clásicos comenzó con Petrarca. En su siglo y en el siguiente se trabajó mucho con poco resultado, en atencion á la falta de medios para distinguir lo que era puro de lo bárbaro. En tiempo de Policiano se hizo aun más, se conoció más á los autores antiguos, se les estudió mejor; llegó después la época de Bembo, de Sadoletto, de Manucio, cuyos trabajos, en union de los de Roberto Estienne y Nizolio, dieron á la expresion correccion y delicadeza. Ya hemos hablado de la *Historia de la guerra de Flandes*, de Famiano Estrada, y de la de las Indias, por Maffei de Bérgamo, que para no alterar la pureza de su diction, obtuvo recitar el breviario en griego. Pero cuando tanto él como Muret murieron, volvieron al mal camino á pesar de los esfuerzos de Justo Lipsio, de Escalgero, de Grocio, y se puede juzgar por los *Suplementos* de Tito Livio de Freinsheim cuanto se habia degenerado del rigor del siglo anterior.

El latin se empleó en varias controversias de la época; pero estuvo sobre todo en moda en la verificación. Por esto es por lo que casi todos los poetas de aquel siglo se ensayaron en aquella len-

gua. En otra parte hemos hablado de Masenio, tambien haremos mencion de los italianos Ceva y Sergardi: apenas, segun se asegura, se podian distinguir las composiciones de este último de las de los satíricos latinos. Podríamos citar además á Averani de Florencia, á Capellari, y á Strozzi, que cantó el chocolate.

Entonces renacieron todas las dificultades pueriles de los acrósticos, de los versos que formaban figuras y de los enigmas. Baltasar Bonifacio publicó en Venecia un *Musarum liber ad dominicum Molinum* (Pinelli, en 4.^o) que contenia veinte y seis páginas impresas y veinte y dos grabados, que representan estos objetos: *Turris, Clypeus, Columna, Calaria, Clepsydra, Fusus, Organum, Securis, Scala, Cor, Tripus, Cochlea, Pelius, Spathalion, Rastrum, Amphora, Calix, Cubus, Serra, Ara*. La coleccion de Caramuel (Roma, Falconi, 1663, en fol.) es aun más considerable: de ochocientas treinta y cuatro páginas, veinte y cuatro están grabadas. Se leen al frente de ella: *Primus calamus ob oculos ponens metrametricum, quæ variis curenium, recurrentium, ascendentium, descendentium nec non circumvalentium verum ductibus, aut æri incisus, aut buxo insculptus, aut plumbo infusus, multiformes labyrinthos exornat*. Comprende ocho partes: *Prodrromus, Apollo arithmeticus, Apollo cetricus., Anagrammaticus., Analexicus., Centonarius., Poliglottus., Sepulcralis*. Un jesuita tuvo la feliz idea de componer este verso:

Tot tibi sunt dotes, Virgo, quot sidera celo,

que admite tres mil trescientas variaciones, conservando el metro; y Hericio Puteanus empleó cuatro páginas completas en semejantes combinaciones.

La Francia cita la *Callipedia* de Claudio Quillet; Menage, Fraguier, La Rue y el cardenal de Polignac, son escritores que no carecen de gracia. Hay

más talento en Renato Rapin que cantó los *Jardines* en tres mil versos, virgilianos en su espresion, con cadencias tan graciosas como su asunto; y es, según nosotros, superior á Delille en la variedad de las descripciones. Santeuil celebraba las victorias del gran rey, y componia inscripciones para sus monumentos.

Academia de inscripciones y bellas letras.—Cuatro miembros de la Academia de Ciencias eran elegidos comunmente por el ministro, para esta tarea y para preparar los proyectos de medallas y divisas para las fiestas de Versalles. Esta comision fué después organizada en 1701, y el número de sus miembros ascendió á cuarenta. Adoptó entonces el nombre de Academia de las Inscripciones y Bellas letras, y no contribuyó poco al progreso de los estudios clásicos.

La crítica gramatical se había elevado á una notable altura, gracias á los trabajos de Gaspar Scio-pio y Gerardo Vossio. El primero, en guerra con todo el mundo, con los protestantes á quienes había abandonado, y con los jesuitas á quienes no quería ceder, consumió sus fuerzas en sátiras y en cuestiones. Escribió una severa crítica de Ciceron; su *Grammatica philosophica* (1628) que publicó en Milan, no ofrece (caso poco raro) filosofía más que en el título. No se separa de los errores comunes escepto en lo tocante á colocar entre los verbos los gerundios y los supinos. Escribió contra Estrada, á quien detestaba porque era célebre, la *Infamia Famiani*, señalando en sus obras varias espresiones bárbaras; además en el *Judicium de Stylo historico* hace el cargo de barbarismos á Justo Lipsio, á De Thou, á Casaubon, y otros escritores del otro lado de los Alpes, sin perdonar tampoco á Manu-cio y á Maffei.

Gerardo Vossio contribuyó más que ningun otro á la correccion con su *Aristarchus sive de arte grammatica*, y con un repertorio de palabras empleadas por los modernos, aunque no autorizadas con el título *De vitii sermonis et glossematis latino-barbaris* le añadió los *Falso suspecta*, que reprobaban los pedantes, pero que sin embargo apoya; puede verse en ellas cuántas espresiones había condenadas por los latinistas, porque no las encontraban en Ciceron.

Los jesuitas se manifestaron escritores castigados en latin, aunque incurren en la declamacion, defectos propagados tal vez en aquella orden por la costumbre de enseñar desde la primera juventud. Entre sus numerosos libros de educacion, no podemos pasar en silencio las *Prolusiones* de Famiano Estrada. Son preceptos y ejemplos de retórica, en los que se nota entre otros este difícil certamen: finge una reunion en la cual los hombres más instruidos del siglo anterior tienen que recitar una composicion imitando á algunos de los mayores poetas latinos. Giano Parrasio imita á Lu-cano; Bembo á Lucrecio; Castiglione, á Claudio; Hércules Strozzi á Ovidio; Andrés Navagero á Virgilio; Querno, *instrumento de placentes eruditos*

de Leon X, improvisa bufonadas. Sea cual fuere el éxito que obtuvo, es preciso estar muy familiarizado con los clásicos para pretender imitar el estilo de cada uno de ellos.

Los jansenistas de Port-Royal quisieron también rivalizar bajo este aspecto con los jesuitas; y las gramáticas latinas y griegas de Lancelot fueron recibidas por todas partes como las mejor concebidas, las más sencillas y que proporcionan diferentes ejemplos, aunque no carezcan de errores.

Semejantes socorros permitieron mejorar las ediciones de los antiguos. La Alemania, que debía después dejar atrás á todos los demás países, leía entonces á los clásicos en las traducciones francesas; y apenas puede citar á Ezequiel Spanheim, comentador de los *Césares* de Juliano. La Inglaterra, además de talentos inferiores, produjo á Ricardo Bentley, hombre de una erudicion inmensa y bien aprovechada: vivo y político en su estilo, jovial en caso de necesidad, dispersó de repente á sus contemporáneos, poco acostumbrados á una guerra tan terrible y leal á la vez. Esta clase de estudio floreció también en Holanda, donde Daniel Heinsio ejerció con menos frivolidad que de costumbre, sujetándose á juiciosas observaciones, una buena crítica sobre los autores. También Grocio, muy hábil en ilustrar á un autor con otro, procuró varias buenas ediciones. Gaspar Barth hizo en la *Adversaria* infinidad de importantes anotaciones aunque sin trabazon.

Periódicos.—Ya hemos tenido ocasion de mencionar un género nuevo de literatura que pronto debía adquirir gran importancia para las letras. Dionisio de Sallo, miembro del parlamento de París, publicó el lunes 5 de enero de 1665, su primer número del *Diario de los sabios*. Continuó dando á conocer los progresos de las ciencias y de las letras insertando noticias cortas, la mayor parte laudatorias. Sin embargo, su tono dictatorial y la osadía de sus opiniones le atrajeron enemigos, y se pretendió sujetarle á la censura; no queriendo sufrir esta condicion, cedió su periódico á Gallois. Como este último se ocupaba más de las ciencias que de las letras, fundó Visé el *Mercurio Galante* para la poesia y el teatro. Pronto este método de conversar continuamente con el público, someterle sus ideas hasta sin union y sin haberlas meditado, pareció cómodo y agradable á la vez.

Contábanse en Francia á principios del siglo xviii cuatro periódicos, los dos de que se acaba de hablar; además los de *Trevoux* y *Verdum*, que salían una vez al mes. No hay que figurárselos parecidos en nada á los representantes de la literatura militante del día. Considerándose por su privilegio como órganos de la autoridad pública, tenían cuidado de no chocar con los autores; limitábanse, pues, á dar un resumen claro é imparcial de la obra, evitando formular un juicio, escepto alguna de las frases de política que el amor propio de autor se complace en interpretar como elogios. Se hubiera creído, principalmente en las

composiciones teatrales, atentar á la propiedad del autor emitiendo un parecer que no favoreciese la obra; y así era que sólo se daba un análisis, tal como le enviaba el mismo escritor, reservándose los demás el formar su juicio para cuando cayesen bajo el dominio de los salones. Esta política de la crítica degeneró en insipidez.

El *Periódico de los literatos* comenzó á salir en Roma en 1668, bajo la direccion de Francisco Nazario, de Bérgamo; fué interrumpido en 1679, después volvió á aparecer en 1686, dirigido por Benito Bacchini, de la aldea de San Dionisio, que le redactaba casi solo, tratando en él materias muy variadas; había empezado á salir otro á luz en 1671 en Venecia, donde tuvieron también origen las hojas políticas que de la moneda que costaban se les llamó *gacetas* (1).

En Alemania las *Actas de Leipzig* comenzaron en 1682, pero en latin, y ocupándose más de lo pasado que de lo presente. El *Mercurio sabio* de Amsterdam vivió poco y con una existencia débil. La Alemania tuvo otros dos periódicos en aquel siglo, la Inglaterra tres. Aun parecia extravagante á los sabios ser juzgados por personas inferiores á ellos, resultando de ahí clamores y verdaderas luchas; pero otros reconocieron qué ventajas era posible sacar. Sobre todo en Holanda, empleaban tanta erudicion en aquellas hojas, como en el día en grandes tomos, y para hacerlas más populares se las redactaba en francés. Bayle comenzó á publicar en 1684 las *Noticias de la república literaria*, en la que manifestó muchos conocimientos, agudeza, penetracion, vivacidad, y la osadía en decidir que tanto deslumbra á los eruditos á la violeta. Tuvo por émulo en Amsterdam á Leclerc, que publicó la *Biblioteca universal*, desde 1686 hasta 1693, en cuya época le sucedió la *Biblioteca selecta* que duró desde 1703 á 1713. Se encuentra en ella una eleccion juiciosa, análisis leales: sus juicios son buenos y completos cuando las preocupaciones religiosas no los alteran. El *Polyhistor*, de Morhof (1689), y los *Juicios de los sabios*, de Baillet (1685), pertenecen á la crítica, aunque los numerosos plagios hagan desaparecer casi la parte original. Los preámbulos de esta última coleccion se insertaron casi en su totalidad en el *Diccionario enciclopédico*, sin indicar siquiera que se le agradecia.

Hubo también abundancia de *Misceláneas literarias*, género de colecciones más propias para el hombre de la alta sociedad, que los libros sistemáticos, pues proporcionan asuntos de conversacion

(1) Marsand cita en los *Manuscritos italianos de las bibliotecas reales de Paris*, en el número 869, «á un aficionado curioso de novedades que en 1571 hacia transcribir aquellos artículos de las gacetas ó periódicos publicados en las diferentes ciudades de Italia:» ahora bien dice, que existen novecientos en la Biblioteca real. Esta debe ser una de las muchas inexactitudes de aquel libro.

y distraccion, como sucede con las memorias, las cartas, los viajes y los diálogos. *Las Ana* son colecciones de dichos de personajes célebres, como Escalfigero, Perron, Pitheo, Naudé y Casaubon; las más conocidas de aquella época son las de Menaje (*Managiana*), á las cuales se han añadido otras de diferentes orígenes, y las *Misceláneas de historia y de literatura* por Vigneul de Marville, pero escritas por el benedictino Argonne, que más seguro bajo este disfraz, manifestó muchos conocimientos en la literatura. Los demás críticos son inferiores á Claudio Saumaise (*Salmasius*), que dotado de una gran memoria, enriquecida con un trabajo solitario, llegó á ser casi su tipo. Pero su superioridad le hizo presuntuoso, y llegó hasta escribir sin reparos ni reglas. Dice en los *Plinianæ exercitationes* (1629), que después de haber estudiado mucho tiempo á Plinio, encontrando el campo demasiado extenso, se ha sujetado á Solino, su compilador. Este fastuoso título cubre, pues, la miseria. Sostuvo una polémica animada con Milton, en quien encontró un adversario muy superior á él.

Juan Federico Gronovio de Hamburgo fué el que más se aproximó á Saumaise. Educado en las universidades de Holanda, se dedicó principalmente á corregir á los clásicos latinos; y la mayor parte de las notas á las *Editiones variorum* son suyas. Fueron publicadas después de 1660 en aquel país de la erudicion, escogiendo lo mejor que había en las ediciones anteriores, sin conceder siempre, sin embargo, el juicio y el respeto convenientes, y desdendiendo como una pequeñez dar explicaciones del sentido literal. Grevio trabajó también en ellas; y luego recogieron ambos, aunque con gran trabajo, los tratados de diferentes autores sobre las antigüedades griegas y romanas.

Siguiendo Luis XIV el consejo del duque de Montausier, y recayendo la eleccion en Huet, hizo hacer, para uso del delfin, ediciones con una glosa continua de los poetas, y notas para ilustrar lo que escedia de una capacidad mediana. Por esta razon están llenas de cosas superfluas y de distinto mérito, pero redundaron en beneficio comun.

Tanneguy Le-Feuvre (*Tanaquillus Faber*), hombre seguro de sí, que no temia pasar por paradógico, ha hecho también ediciones apreciadas. Enrique Valois, poniendo notas á Ammiano Marcellino y á otros más, se ha colocado en la categoria de los más distinguidos. Luis Cousin estendió el campo de la erudicion, aplicándole á los escritores del Bajo Imperio.

El celo clásico era tal en Francia, que todos los grandes escritores se complacian en ser comparados á alguno de los antiguos, ó se esforzaban en imitarlos. Molière estudiaba á Lucrecio, y se proponia por modelos á Plauto y á Terencio. Rousseau buscaba inspiraciones en Pindaro; Boileau les dictaba las leyes establecidas por Horacio, y criticaba las costumbres á la manera de Juvenal; Racine se formaba con arreglo á los *Amores de*

Teagenes y Chariclea; La Fontaine, con arreglo á Platon y á Plutarco, reproducía á Fedra, y decía tener sin cesar en la mano á Horacio, Homero, el Ariosto y el Tasso (2). Todos conservan, no obstante, una fisonomía propia. Hacen, si se puede hablar así, imitaciones originales, y Bossuet no es Juan Crisóstomo, Racine, Eurípides, ni Boileau Horacio.

Los antiguos y los modernos.—El culto hacía los antiguos produjo una cuestión muy acalorada, la de la preeminencia entre ellos y los modernos. Con respecto á las ciencias y á la filosofía, sólo los pedantes podían vacilar. Pero encontraban los antiguos rivales entre los modernos que les igualasen en la bella dicción, en la elocuencia y en la poesía? Irritado Desmarest, autor del Clodoveo de que Boileau había despreciado su poema, publicó una *Comparación de la lengua y de la poesía francesa con la de los griegos y latinos*, en la que maltrataba á Horacio y á Virgilio, comparándose á Tamerlan, vencedor de Boyaceto. El arquitecto Perrault dió á luz un paralelo de los antiguos y modernos en las artes y ciencias, diálogos en los que, manifestando bastantes conocimientos y habilidad, coloca á Atenas inferior á Versalles, á los antiguos pintores inferiores también á los de Italia, y trata con bastante severidad á Virgilio, Horacio, y sobre todo á Homero. Pero, como en todas las obras de este género, no considera más que el lado defectuoso, sin tener en cuenta las bellezas; no establece, por otra parte, las comparaciones, sino sobre traducciones. Sin embargo, no por eso dejaba de lisonjear el gusto de la época y el amor propio francés.

En verdad, la cuestión podía discutirse entonces que las obras maestras eran pocas, y que aun no habían tenido el sufragio de la prosperidad; cuando las miradas se dirigían únicamente á la forma, sin inquietarse nada del sentimiento religioso que distingue á ambas sociedades. Unos y otros incurrian, pues, en el exceso, no conociendo que no se podía ser grande sino á condición de ser de su siglo. Ahora bien, éstos despreciaban á los antiguos por haber compuesto según el espíritu de su época; aquellos creían que el estudio consistía en la imitación, y esta última en una falsificación. Fontenelle combate á los antiguos con buen sentido, pero sin el sentimiento de la oportunidad, distinguiendo siempre el mérito científico del literario. Le-Bossu se declara el campeón de Homero,

(2) *Térence est dans mes mains; je m'instruis dans Ho-*
(race;

*Homère et son rival sont mes dieux du Parnasse...
Je chéris l'Arioste, et j'estime le Tasse;
Plein de Machiavel, entêté de Boccace...*

«Tengo á Terencio en mis manos; me instruyo en Horacio; Homero y su rival son mis dioses del Parnaso... Quise al Ariosto, y estimo al Tasso; poseído de Maquiavelo, partidario de Boccaccio...»

cuyas bellezas ensalza, comparándole á los demás poetas, al paso que Rapin, en el *Paralelo de los grandes escritores antiguos*, adjudica la palma á Ciceron, Virgilio y Tito Livio, con preferencia á Demósteñes, Homero y Tucídides, inmoldando siempre la originalidad á la perfección. Boileau, en una pobre apología, compara la corte de Agamemnon á la de Luis XVI, Homero á Racine, Aquiles á Conde. La-Fontaine, que, sin embargo, creía á Planudio próximo al tiempo en que vivía Esopo, defendió á los antiguos asegurando que no existió un Platon entre los modernos, cuando la Grecia hormigueaba (3) de ellos en cualquiera de sus puntos, y que la oda no tenía sublimidad en los franceses, porque no tienen más que fuego, y se necesita paciencia (4). Pero Fenelon sabía apreciar «la graciosa facilidad del mundo antiguo,» y sacaba su *Telémaco* de Homero, Jenofonte y Platon. Entre aquellos escritores existía el médico Patin, tan idólatra de los tiempos antiguos, que se vestía como cien años antes, y reprobaba los descubrimientos de la nueva medicina, sobre todo el antimonio y la quina.

Pero la diferencia no se extendía más allá de las palabras. Boileau dice que los términos bajos envilecen la expresión. Ahora bien, Perrault encuentra un gran número de ellos en Homero; y el preceptor no sale del paso sino negando que nunca los ha habido ni podido haber. Pero ved á Racine que encuentra en Dionisio de Halicarnasio un pasaje en el que reprende precisamente á Homero de abundar en palabras *muy viles y muy bajas*: «He reflexionado, escribe á Boileau indicándole esta observación del historiador griego, que en lugar de decir que la palabra asno en griego es una palabra muy noble, podiais decir que es una palabra que no tiene nada de bajo, y que es como la de ciervo, caballo, oveja, etc., lo muy noble me parece demasiado.»

Dacier, 1651-1722.—Tanneguy Le-Febvre, que quería justificar entre los antiguos hasta el libertinaje de Safo, tenía una hija, la que casó con su querido discípulo Andrés Dacier, natural de Castres. Habiendo abjurado ambos esposos el calvinismo, obtuvieron grandes favores, y se consagraron á trabajos de erudición y talento, pero Boileau decía: «En las producciones de su comun inteligencia ella es la que es el padre.» Aunque más instruida madama Dacier que su marido en el griego, en el latín, en antigüedades y en crítica, hizo feliz á su marido, y no manifestó pedantería. Uno de escs importunos, como ya existían, le rogaba con instancia que le escribiese algo en su album, y des-

(3) *La Grece en fourmillait dans son moindre canton.*

(4) *...L'ode, qui baisse un peu,
Veut de la patience, et nos gens ont du feu.*

«La oda, que baja un poco, exige paciencia, y nuestras gentes no tienen más que fuego.»

pués de mucha resistencia escribió su nombre bajo este verso de Séneca: *El silencio es el adorno de la mujer*. Era natural que ambos esposos, viendo los errores é irreverencias de los impugnadores con respecto á los antiguos, se hiciesen, por derecho de herencia, campeones de los griegos y romanos. Mad. Dacier se pronunció, pues, ardentemente contra la corrupción del gusto, pero fué con una falta de política que la sinceridad apenas excusa.

La-Motte (-1731), poeta afamado, aunque acompañado y pródigo de figuras y fórmulas preestablecidas, atacado espresamente por Mad. Dacier, le contestó con las *Reflexiones sobre la crítica*, escritas con delicadeza, pero sin profundizar más las causas verdaderas ni las diferencias, y no deteniéndose más que en el artificio exterior. Echó á perder su propia causa pretendiendo retocar á Homero, es decir, le quitó en su traducción todo lo que consideraba en ella como defectos.

Los esposos Dacier son mucho más recomendables por sus trabajos de erudición: el marido ejerció la suya en traducir á Horacio, á Aristóteles y á Sófocles; al paso que su mujer se ocupaba en reproducir en francés la *Iliada*, la *Odisea* y algunas comedias de Terencio y Plauto.

La Harpe debía presentarse un siglo más tarde para resucitar estas cuestiones; pero, á pesar de los progresos de la crítica y de la erudición, no consideraba aun en la antigüedad más que á los griegos y romanos; y entre los modernos á los franceses, cuyo mérito, según él, consistía en haber seguido las huellas de los antiguos, al paso que trataba á los alemanes y á los ingleses de bárbaros, porque se habían contentado con ser de su país.

Los solitarios de Port-Royal consideraron la cuestión bajo un punto de vista particular y más elevado. Cuando el abad de Saint-Cyran después de haber obtenido su libertad fue á visitar á Maistre, éste le enseñó su traducción de los *Oficios*, de Ci-

ceron, que le había invitado á hacer anteriormente. Saint-Cyran manifestó pesar de este consejo; y entre las razones que le determinaron á dárselo, le dijo principalmente que Dios se halla figurado, con todas las verdades del orden y de la gracia, en el orden de la naturaleza y en el social, tanto como en la ley de Moisés. Mas en este tratado de los *Oficios*, una verdad concerniente al poder sacerdotal le demostraba que la razón de un pagano había conocido mejor que después en las escuelas, cuál era entre los hombres el fundamento de todos los poderes civiles y eclesiásticos emanados de Dios. «Debe confesarse, añadía, que Dios ha querido que la razón humana hiciese todos sus esfuerzos antes de la ley de gracia; y que no se encontrará ya á Ciceron ni á Virgilio.»

Nadie seguramente elevaba la historia literariamente en este debate hasta el Calvario para distinguir el dominio de lo bello, que fué anterior del dominio de lo verdadero, que se descubrió después. Nadie conocía que la cuestión que se trataba era en el fondo la de la perfectibilidad humana. Sin embargo, ya una noble voz saliendo de Port-Royal había dejado oír estas palabras: «No sólo cada hombre aumenta cada día su saber, sino que todos los hombres juntos hacen continuos progresos, de modo que todo el género humano debe considerarse durante tantos siglos como un solo hombre que subsiste siempre y aprende continuamente; y la vejez de este hombre universal no debe buscarse próxima á su nacimiento, sino, por el contrario, lejos. Los que llamamos antiguos eran verdaderamente nuevos en todo. Como nosotros hemos unido á sus conocimientos la experiencia de los siglos que han sucedido, en nosotros debe buscarse la antigüedad que reverenciamos en los demás.» (5)

(5) PASCAL.